

Escuelas de negocios y facultades de teología al servicio de una economía global justa

F. Javier Vitoria Cormenzana
Bilbao, España

José Ignacio González Faus ha escrito:

la economía y la teología se encuentran en el hecho de que ambas tienen que ver con la historia que (en formulaciones más laicas o más creyentes) queremos encaminar hacia lo que Jesús llamaba “reinado de Dios”, o hacia “la tierra prometida”, el paraíso (comunista o tecnológico), la tierra sin males o simplemente, aquel “mundo mejor” que quiso liderar Pío XII. *Teología y economía están en la misma orquesta aunque toquen instrumentos diferentes*¹.

El texto evidencia, una vez más, la necesidad que tenemos los seres humanos —también los economistas y los teólogos— de que nos “revelen” lo obvio o curen nuestras cegueras. En realidad, la propia etimología del término “economía” (administración [*nemein*] de la casa [*oikos*]) emparenta a ambas actividades. La teología cristiana no piensa ni primera ni principalmente sobre “Dios-en-sí”, sino sobre Dios tal y como se manifiesta y actúa en su economía, es decir, en la administración de “la casa común” de la familia humana, que Él gratuitamente ha puesto en manos de sus miembros como administradores responsables (*cfr. LS 116*).

Por tanto, de acuerdo: teología y economía están en la misma orquesta, aunque toquen instrumentos diferentes. Sin embargo, el verdadero sentido de la frase es que “*debieran* estar en la misma orquesta”. En la práctica, la mayoría de los instrumentistas, teólogos y economistas, no tocamos en la misma

1. J. I. González Faus, *¿El capital contra el siglo XXI? Comentario teológico al libro de Thomas Piketty*, p. 145 (Santander: Sal Terrae/Cristianisme i Justícia, 2015). El énfasis es mío.

orquesta. Tampoco la partitura que todos interpretamos pertenece a las sinfonías incompletas “El reinado de Dios”, “La tierra prometida” o “El mundo mejor”.

Y esto sucede no solamente en los macromundos de la economía y de la teología, sino en el micromundo de las instituciones universitarias de la Iglesia. Durante veinticinco años, he sido profesor de teología en una universidad de la Iglesia, que cuenta con una prestigiosa *Business school*. En todo ese periodo no he conocido ninguna iniciativa institucional de diálogo, ni entre teólogos y economistas, ni entre la escuela de negocios y la facultad de teología. Mi experiencia universitaria me dice que, aunque formábamos parte de la misma orquesta, tocábamos nuestros respectivos instrumentos en salas diferentes para públicos diferentes. Y me temo que también partituras diferentes.

Este escrito solo pretende mostrar la necesidad de diálogo y colaboración entre teología y economía, en el ámbito de la universidad católica, para que esta contribuya *real*, y no solo *intencionalmente*, a la justa administración del hogar de Dios, que es el cosmos. Más allá de la imagen de la orquesta, me ha suscitado el tema un importante documento del Secretariado para la Justicia Social y la Ecología de la Curia General de la Compañía de Jesús². En él se puede leer:

No se ha percibido ni aprovechado el potencial de nuestras escuelas profesionales. Los asuntos planteados en este informe son especialmente relevantes para las escuelas de negocios y gestión, para las facultades de ciencias económicas y de teología, para las escuelas superiores de leyes y de gobierno y para los programas de políticas públicas. Los esfuerzos aunados de profesores universitarios y profesionales de estos campos tendrían un enorme impacto en la producción del conocimiento necesario para una incidencia eficaz. Las escuelas jesuitas de negocios y leyes, los departamentos de economía y la facultad de teología se encuentran en una posición única para ofrecer en el ámbito académico perspectivas nuevas y convincentes. Toda vez que tienen acceso a científicos sociales y a otras escuelas profesionales —por ejemplo, de medicina, enfermería, trabajo social y educación—, nuestras escuelas de negocios, en particular, disponen de un conjunto único de investigadores que comparten la pasión por los temas aquí planteados. El trabajo interdisciplinar puede diferenciar a las escuelas y facultades jesuitas de otros centros superiores y fomentar en gran medida nuestro conocimiento y apreciación de las complejidades de la vida económica en este planeta. El sector empresarial y gubernamental debería entender mejor el modo en que las políticas económicas, las prácticas financieras y la regulación (o la falta de ella) repercuten en realidades sociales como la violencia, el desplazamiento

2. Cfr. Secretariado para la Justicia Social y la Ecología, “Informe especial. Por una economía global justa. Construir sociedades sostenibles e inclusivas”, *Promotio Iustitiae* 121 (2016/1).

de personas o la degradación del medio ambiente. Nuestras escuelas profesionales deberían colaborar entre sí para abordar temas en los que existe un conocimiento especial, un contacto con la realidad social y la capacidad de inducir cambios a través de la acción de profesores, estudiantes y egresados³.

Hay que agradecer a los autores del documento el ejercicio de autocritica de las instituciones jesuíticas que realizan. Los “asuntos planteados” en el informe (signos de los tiempos, retos actuales y nueva visión del bien común) son de vital importancia para “la construcción de sociedades sostenibles e inclusivas”, en este sistema insostenible y excluyente. El informe merece la atención y el estudio concienzudo de las instituciones universitarias de la familia ignaciana, y seguramente también de otras familias religiosas. Es una llamada a la acción que las invita a realizar cambios importantes en sus perspectivas académicas y en sus proyectos de investigación; y las convoca a participar en “la lucha crucial de nuestro tiempo es la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige”⁴.

1. Idolatría y teología

Frecuentemente, la preocupación por la increencia y el secularismo, acrecentada eclesialmente por el diagnóstico sociocultural de Juan Pablo II, ha impedido avistar la realidad oculta de la idolatría, en la cual a menudo se desvirtúa la fe en Dios de muchísimos cristianos. Piensan que son de Dios, cuando en realidad pertenecen a un ídolo: “En aquello en que tengas tu corazón —escribirá Lutero en su *Catecismo mayor*—, en aquello en que te confíes, eso será propiamente tu Dios”. “La mente del hombre es una permanente fábrica de ídolos”, decía J. Calvino. Su hambre de Absoluto, aliada a su capacidad de imaginarlo, de concebirlo y de fabricarlo con cualquier cosa a la medida de sus deseos, le conducen a entregarse en cuerpo y alma al servicio de un (pretendido) Dios que, en realidad, solamente es un fantasma.

La idolatría no es una cuestión de las épocas preilustradas, la cual no deba preocuparnos en el siglo XXI. Hoy, quizás más que ayer, la teología ha de ocuparse no de la negación de Dios, sino de su *falsificación*, es decir, de la idolatría. El ateísmo es asunto de la filosofía, que justamente pretende establecer y mostrar que la afirmación de Dios es posible y pensable racionalmente⁵.

No es una tarea determinante para la teología actual afirmar razonablemente la existencia de Dios contra el ateísmo, sino garantizar, al igual que en los tiempos bíblicos, la identidad del Dios Amigo de la Vida contra la idolatría.

3. *Ibid.*, pp. 36-37.

4. CG 32, *Decreto 2: Jesuitas hoy*, n. 2.

5. Cfr. A. Gesché, *Dios para pensar II. Dios-El Cosmos*, p. 145 (Salamanca: Sígueme, 1997).

El desafío de la defensa de la identidad del Dios de Jesús y de su carácter de Absoluto, frente a la idolatría, no es una mera cuestión especulativa, sino *práctica*. Tiene que ver directamente con la economía de un Dios, que se gloria de que el hombre viva (S. Ireneo) o de que los pobres vivan (Beato Mons. Romero).

Los ídolos son productos sociales, investidos de poder sobre nosotros, que se convierten en fetiches y crean dependencia. Construyen a su alrededor un área específica de reclutamiento, de donde extraen adeptos que los siguen religiosamente. Los ídolos modernos tienen forma de constelación. En torno al ídolo se despliega una batería de ejercicios, rituales, acciones y cosas, que con frecuencia poseen una rígida jerarquía. En la sociedad moderna se apoyan en mecanismos sociales, cuyo poder se encarna y se ejerce en sus instituciones, estructuras y clases. Los ídolos producen un triple efecto mortal: el efecto *colonizador*, que atenta contra la razón y crea adeptos incondicionales; el efecto *intimidatorio*, que violenta la libertad, coacciona y exige sumisión; y el efecto de *sometimiento*, que quebranta la dignidad y la autonomía personal, y coarta los dinamismos de crecimiento de las personas y las posibilidades vitales de los grupos sociales⁶. La idolatría moderna está al servicio del poder, de la dominación y de la opresión. Los ídolos son siempre dioses de muerte. Lo decisivo es que, “a través de sus adoradores, producen millones de víctimas inocentes, a quienes envían a la muerte lenta [...] y a la muerte violenta de la represión”⁷. Los ídolos son las configuraciones históricas del imperio de la fuerza violenta, que carece de autoridad y de poder para construir una comunidad humana.

2. El capitalismo como religión

No son pocas las voces que consideran *el capitalismo* como una de las máximas referencias religiosas de la cultura occidental de nuestro tiempo⁸. La crisis económica que todavía padecemos ha dejado de manifiesto, por si quedaba alguna duda, que el verdadero Absoluto de nuestro mundo globalizado es el Capital. El poder de unión y de relación del dinero ha sustituido de manera funcional al de la religión. Thomas Ruster nos advierte, provocativamente, que la “Realidad fundamental” que lo determina todo, también nuestra experiencia de quién es Dios, ya no es “el Dios y Padre de Jesucristo”, sino el capitalismo como

6. Cfr. J. García Roca, “Ídolos de muerte en la sociedad actual”, en V Congreso de Teología. Dios de Vida, ídolos de muerte, *Misión Abierta* 5/6 (1985), 42-46.

7. Cfr. J. Sobrino, *Jesucristo Liberador*, pp. 242-243 (Madrid: Trotta, 1991).

8. Cfr. H. Assmann, “Economía y teología”, en AA. VV., *Conceptos fundamentales del cristianismo* (Madrid: Trotta, 1993); *Las falacias religiosas del mercado* (Barcelona: Cristianisme i Justícia, 1997); y “Teología” del mercado. *Crecimiento sostenible. Nuevos parámetros* (Barcelona: Cristianisme i Justícia, 1998); J. de Santa Ana, *La práctica económica como religión. Crítica teológica a la economía política* (San José: DEI, 1991); L. Duch, *Un extraño en nuestra casa*, pp. 259-272 (Barcelona: Herder, 2007).

religión. Esta falsificación de la identidad de Dios nos obliga a los cristianos sometidos, desde hace mucho ya al poder del dinero, a defender su fe⁹. Y no olvidemos que la defensa de la identidad paterna del Dios del cielo pasa por la defensa de la fraternidad de sus hijos en la tierra.

Esta deriva religiosa del capitalismo viene de lejos. Ya en 1921, W. Benjamin había hecho la siguiente anotación: “en el Capitalismo hay que ver una religión. Esto significa que el Capitalismo sirve esencialmente para satisfacer las mismas necesidades, tormentos e inquietudes a las que antaño daban respuesta las llamadas religiones”¹⁰. Hace veinticinco años, Luis de Sebastián nos advertía del *fundamentalismo o fanatismo económico* del neoliberalismo¹¹. Entonces, con la caída del muro de Berlín y el fin del socialismo soviético, dos de las manifestaciones del *integrismo economicista* fueron el proceso intenso de mesianización del mercado y la proclamación de un “evangelio” triunfalista, que descalificaba cualquier otra alternativa a la neoliberal¹². El integrismo economicista reclamaba para sí la fe en el valor absoluto de sus propuestas económicas y exigía la aceptación ciega de todas las reglas, que extraían de su doctrina los que se consideraban auténticos depositarios de “esa revelación”. Habían olvidado que

el admitir como verdades absolutas las proposiciones de los economistas es pasar de la economía —que es una disciplina científica entre otras— al economismo, que resulta un integrismo tan devastador como los integrismos religiosos¹³.

Este fundamentalismo económico ha llegado hasta nuestros días. Nada se ha aprendido de la crisis financiera de 2007-2008 (*cfr. LS 109*). El papa Francisco la rememora como “la ocasión para el desarrollo de una nueva economía más atenta a los principios éticos y para una nueva regulación de la actividad financiera especulativa y de la riqueza ficticia”. Pero constata que “no hubo una reacción que llevara a repensar los criterios obsoletos que siguen rigiendo al mundo” (*LS 189*).

¿Cómo se ha producido tal parálisis? Para “los teólogos” de la religión capitalista, no tiene ningún valor que desde hace casi cuatro décadas, todos los informes mundiales denuncien el carácter mitológico de la “fe” en que a mayor acumulación económica (*crecimiento*) corresponderá una mejor distribución

-
9. *Cfr. T. Ruster, El Dios falsificado. Una nueva teología desde la ruptura entre cristianismo y religión* (Salamanca: Sígueme, 2011).
 10. *Cfr. el comentario al texto de W. Benjamin de J. I. González Faus, El dinero es el único Dios y el capitalismo su profeta. El amor en tiempos de cólera... económica*, pp. 217-230 (Madrid: KHAFF, 2013).
 11. *Cfr. L. Sebastián, Mundo rico, mundo pobre*, p. 102 (Santander: Sal Terrae, 1992).
 12. *Cfr. H. Assmann, “Economía y teología”, o. c., p. 357.*
 13. *Cfr. A. Jacquard, Yo acuso a la economía triunfante*, p. 86 (Barcelona/Buenos Aires/México D. F./Santiago de Chile: Andrés Bello, 1996).

de las riquezas y una mejoría en la vida de los pueblos pobres (*desarrollo*), y que a mayor *eficiencia* económica mejor *legitimación* del sistema. Ellos siguen erre que erre en sus trece; o sea, imponiéndonos su fe. Así los describe el papa Francisco:

En este contexto, algunos todavía defienden las teorías del “derrame”, que suponen que todo crecimiento económico, favorecido por la libertad de mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social en el mundo. Esta opinión, que jamás ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante. Mientras tanto, los excluidos siguen esperando (EG 54).

Bajo pretextos de todo tipo, defienden el *carácter inevitable* de los procesos en curso (*cfr. LS 123*), acusan de capitulación intelectual y expulsan a las tinieblas del populismo irracional a todos aquellos que se niegan a aceptarlos. Parapetados en su fundamentalismo económico, hacen oídos sordos a quienes desde su misma comunidad científica les descubren falacias en las ciencias económicas¹⁴, e ignoran a quienes proponen una nueva y más equilibrada visión de la economía, o simple y llanamente hablan de alternativas al capitalismo¹⁵.

3. El ídolo del dinero

Si el capitalismo es una religión, el dinero es su dios, con todas las cualidades y atributos divinos.

El dinero es omnipresente y todopoderoso, y permite a quienes disponen de él participar en los atributos divinos. Nada existe que se encuentre al margen del poder del dinero. De acuerdo con la opinión de la mayoría, quien posee dinero es libre, independiente y tiene a su alcance todo lo que desea. De la misma manera que Dios, el dinero exige la fe de sus fieles: el dinero alcanza su “estatuto divino” mediante la fe en él por parte de sus fieles (consumidores). A él se refieren las actitudes humanas que antes se referían a Dios: confianza, fidelidad, seguridad, amor, confianza en el futuro, esperanza, etcétera. Donde estas “virtudes” no se ponen en práctica, allí irrumpen la desconfianza, la duda y la desesperación. Hablando en términos teológicos: el dinero se ha convertido en el “sacramento de la

14. *Cfr. P. Ormerod, Por una nueva economía. Falacias de las ciencias económicas* (Barcelona: Anagrama, 1995); T. Piketty, *El capital en el siglo XXI* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2014).

15. *Cfr. D. Schweickart, Más allá del capitalismo* (Barcelona/Santander: Cristianisme i Justícia/Sal Terrae, 1997); T. Jackson, *Prosperidad sin crecimiento: economía para un planeta finito* (Barcelona: Icaria, 2012); R. Skidelsky y E. Skidelsky, *¿Cuánto es suficiente? Qué se necesita para una “buena vida”* (Barcelona: Crítica, 2012).

sociedad burguesa” o, lo que es lo mismo, en el signo visible de la gracia invisible. De la misma manera que antaño intervenía la Providencia de Dios en los asuntos del ser humano, ahora, los azares de la vida —felicidad, éxito, fracaso, riqueza, pobreza, justicia, injusticia, guerra, paz— están completamente en manos de la providencia del dios dinero. Por eso, el dinero, como antaño lo hacía el Dios de la religión cristiana, se ha convertido en el factor determinante de toda la realidad. Hay una “metafísica del dinero” que se encuentra en correspondencia con su poder omnímodo para determinar, para bien y para mal, el destino no sólo de los seres humanos individualizadamente, sino de países, culturas e, incluso, de continentes enteros. Su capacidad, derivada del valor de cambio, para relacionar todas las cosas entre sí lo constituye en el agente eficaz que coordina la articulación de los mecanismos de todo tipo que mantienen en funcionamiento el mundo moderno. “No en vano, el lenguaje del dinero es internacionalmente comprensible. Es la iluminación profana en medio de la confusión postbabilónica de los lenguajes”. En otros tiempos, a pesar de su ausencia sensible, Dios y Jesucristo determinaban la conciencia de los humanos, eso es lo que en la actualidad lleva a cabo el dios dinero: su ausencia (su falta) es, si cabe, más determinante que su presencia (su posesión)¹⁶.

El papa Francisco ha retomado el tema. Con el fin de acabar con la situación generada por “la globalización de la indiferencia”, nos pide un “no a la nueva idolatría del dinero”.

Una de las causas de esta situación se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero, ya que aceptamos pacíficamente su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades. La crisis financiera que atravesamos nos hace olvidar que en su origen hay una profunda crisis antropológica: ¡la negación de la primacía del ser humano! Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del antiguo becerro de oro (*cf.* Ex 32,1-35) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano. La crisis mundial, que afecta a las finanzas y a la economía, pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, la grave carencia de su orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo (*EG* 55).

La más reciente historia de la economía de mercado ha legitimado el objetivo de maximizar los beneficios como criterio suficiente para superar la crisis. Y así, ha reforzado y ha blindado su tendencia idolátrica. En nombre de una necesidad racional (pretendidamente) “científica”, se ha ignorado la existencia de bienes que, por su naturaleza, no son ni pueden ser simples mercancías; se ha construido el mercado de espaldas a la hipoteca social de la propiedad privada,

16. L. Duch, *Un extraño en nuestra casa*, o. c., pp. 270-271.

como un escenario exclusivo para los beneficios y los capitales, sin control de las fuerzas sociales y los gobiernos. El resultado final son los incontables sacrificios humanos: “Mientras tanto, tenemos un ‘superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora’”; y no “se elaboran con suficiente celeridad instituciones económicas y cauces sociales que permitan a los más pobres acceder de manera regular a los recursos básicos” (LS 109).

La economía de mercado ha convertido al dinero en el ídolo por antonomasia: “la constelación del dólar o el fetichismo del dinero”, ha denominado X. García Roca a esta idolatría. A su servicio están otras muchas realidades, como el poder militar, el político, el judicial, el intelectual y también, con frecuencia, el religioso, que participan análogamente de los beneficios del ídolo¹⁷. Tenía razón Pablo, cuando le escribía a Timoteo estas palabras: “la raíz de todos los males es el amor al dinero; por esta ansia, algunos se desviaron de la fe y se infligieron mil tormentos” (cfr. 1 Tim 6,10).

4. “Esta economía mata”

Cuando en 1991, Juan Pablo II publica la encíclica *Centesimus annus*, la fisonomía del capitalismo, tal como se practicaba entonces, ya poseía los rasgos que suscitaban el juicio absolutamente negativo del papa y no los que integraban la hipótesis pontificia del capitalismo “bueno”¹⁸. El capitalismo triunfante, el realmente existente tras el colapso de socialismo, ya no necesitaba guardar las apariencias y mostrarse con rostro humano. La crisis económica de hoy ha puesto de manifiesto que el mercado global es un “molino satánico” (K. Polanyi), que destruye la vida en el planeta.

Los mecanismos del mercado global —como ha recordado el magisterio pontificio— funcionan como estructura que, de modo casi automático, hacen cada vez más rígidas cada una de las situaciones de pobreza y riqueza, en el mundo (SRS 9f; 16c). Su lógica interna favorece un modelo de *desarrollo vicario*, en el cual los ricos ejercen la función de representar a toda la humanidad, en el

17. Cfr. J. Sobrino, *Jesucristo Liberador*, o. c., p. 243.

18. “Si por ‘capitalismo’ se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta es positiva [...] Pero si por ‘capitalismo’ se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa” (CA 42).

disfrute de los bienes materiales de la creación¹⁹, y en el cual se considera normal que nazcan y mueran en la miseria millones de hombres y mujeres. Sus razonamientos no se conmueven frente al hambre de las multitudes, ni experimentan el escándalo frente al desamparo de la pirámide creciente de excedentes humanos del sistema.

El problema de fondo es esa “cultura del descarte”, que el papa Francisco denuncia en la *Laudato si'* (43), como ya lo hiciera, de manera especialmente vigorosa e indignada, en la *Evangelii gaudium* (53).

Así como el mandamiento de “no matar” pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir “no a una economía de la exclusión y la inequidad”. Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del “descarte” que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”.

La gloria de la economía divina es la vida de los hombres y las mujeres singularmente “sobrantes”. La gloria de la economía del ídolo Dinero es maximizar los beneficios. El antagonismo entre el Dios y Padre de Jesús y el Dinero (“Mammón”, *cfr.* Mt 6,24) sigue vigente en nuestro tiempo.

Imanol Zubero ha comentado el texto papal de la siguiente manera.

Bajo las condiciones impuestas por el capitalismo, la economía y el mercado, instituciones sociales que no se reducen al concreto modo de producción capitalista, se convierten en “instituciones inicuas”, en estructuras cuyo funcionamiento normalizado actúa en oposición al designio de Dios. Se ha dicho que “un pecado estructural es reconocible como pecado a través de la destrucción del vínculo social, a través de la violencia, de la mentira, de la

19. *Cfr.* L. Sebastián, “El neoliberalismo. Argumentos a favor y en contra”, en AA. VV., *El neoliberalismo en cuestión*, p. 28 (Barcelona/Santander: Cristianisme i Justícia/Sal Terrae, 1993).

alienación y del sometimiento”. Si es así, el capitalismo, sistema homicida en el corto plazo (por todas las vidas que rompe) y suicida en el largo plazo (por ser objetivamente insostenible en términos ecológicos), solo puede calificarse como estructura de pecado. Aunque cabe aspirar al ideal de “una economía social con mercados”, o [...] “una economía con rostro humano”, la realidad es que el capitalismo es hoy una inmensa factoría productora de población sobrante. *Questa economia uccide*: esta economía mata. Escaso margen para la reforma deja una afirmación así. *¿Acaso debemos aspirar a que esta economía mate solo un poco menos, o a menos personas, o durante un periodo de tiempo un poco menos prolongado?*²⁰

Preguntas inquietantes para quienes defienden como única posibilidad el actual funcionamiento del sistema económico, sin aceptar el juicio moral negativo que merece un capitalismo que mata. Pero también para las escuelas de negocios y los departamentos de economía de las universidades de la Iglesia, que no debieran ignorar o minusvalorar tan grave juicio moral condenatorio. Y menos aún, mirar para otro lado. De hacerlo, traicionarán la misión, la visión y los valores que presiden la vida de esas instituciones académicas.

Si se quiere aspirar a algo más humano y necesario, como es una economía que no mate, y trabajar responsablemente en favor de una economía que contribuya realmente a la justa y equitativa administración de la casa común de la humanidad, se hace imprescindible tomar conciencia de la imposibilidad de servir, al mismo tiempo, a la fraternidad universal (el reverso humano de la paternidad de Dios) y a la maximización de los beneficios (el rasgo contable del ídolo del Dinero). Este reconocimiento no es nada fácil. Y menos aún inocuo, para los intereses de los beneficiarios o de los “más afortunados” de este sistema insostenible y excluyente.

5. Santidad, lucha por la justicia e instituciones universitarias

El sínodo de los obispos de 1987 recordó que “hoy la santidad no es posible sin un compromiso con la justicia, sin una solidaridad con los pobres y oprimidos”. Esta doble llamada a compartir la vida con los pobres y a la acción en favor de la justicia concierne a los cristianos, a las comunidades eucarísticas, a las organizaciones laicales y religiosas y a todas las instituciones de la Iglesia, incluidas sus universidades y sus escuelas de negocios.

Y en consecuencia,

exige transformar nuestras instituciones en instrumentos de justicia económica. El extraordinario crecimiento de la desigualdad en nuestra época y

20. Cfr. I. Zubero, “Las dimensiones estructural y moral de la crisis económica actual”, *Corintios XIII* 158 (2016), 40-41.

la creación de una clase marginada permanente en la mayoría de las sociedades, incluso en las más ricas, implica que trabajar con y para los pobres debe ser una de las principales prioridades de nuestros ministerios jesuitas. La incidencia en favor de la acción gubernamental, de la responsabilidad corporativa y de la cooperación interinstitucional debe caracterizar nuestra respuesta como individuos y como instituciones. Debería influir en a quiénes admitimos en nuestras escuelas, cómo enseñamos, a quiénes contratamos y qué hacemos con los recursos de nuestras instituciones. Las siguientes sugerencias no se ofrecen como prioritarias; más bien pretenden estimular la reflexión y el aquilataamiento. Deberíamos transformar nuestras instituciones en instrumentos de justicia económica y reconciliación²¹.

Aunque mantenga la esperanza, no puedo ser demasiado optimista sobre la posibilidad de esa transformación. La economía es un ámbito de la realidad en el cual la presencia de la militancia cristiana es casi inédita. Es cierto que está repleto de cristianos de todas las confesiones, pero en realidad, son militantes del liberalismo, del neoliberalismo o simplemente de su profesión, entendida de manera aséptica, en relación con las implicaciones solidarias.

Una razón de esta ausencia habrá que buscarla en el modo privado como gran número de cristianos vive su fe. Pero ¿no tienen ninguna responsabilidad sobre esa asepsia las escuelas de negocios y los departamentos de economía de las universidades católicas? Por ejemplo, ¿qué quiere transmitir a la opinión pública un decano de una de esas escuelas, cuando afirma a bombo y platillo que el objetivo del programa de estudios de su institución académica es *la excelencia* y la formación de *líderes del sector* de la economía financiera? ¿Tiene algo que ver esa excelencia con la superior bondad que se le supone al “punto de vista de los pobres en el programa formativo”²²? Y el pretendido liderazgo, ¿guarda relación

21. Secretariado para la Justicia Social y la Ecología, “Informe especial. Por una economía global justa”, o. c., p. 35.

22. “A través de la red de instituciones jesuitas podríamos influir poderosamente en el *statu quo*. Esta red de instituciones jesuitas y su presencia en rincones diversos y lejanos del mundo nos ofrece a los jesuitas y a nuestros colaboradores una oportunidad para llevar a cabo proyectos de investigación coordinados y con objetivos concretos. Temas como la migración y sus efectos en la desestructuración familiar, la degradación medioambiental y la pobreza, las desigualdades de género, la corrupción gubernamental y la violencia, y las políticas fiscales que no protegen a los pobres como sería necesario o están diseñadas específicamente para acrecentar la riqueza y el poder de una clase de ciudadanos son tan solo unos cuantos ejemplos de problemas que podrían beneficiarse de un programa de investigación coordinado, focalizado y compartido tanto entre instituciones como entre continentes. Nuestras universidades, por ejemplo, podrían ser especialmente eficaces en este campo, con aliados naturales y celosos entre nuestros claustros de profesores. Muchos problemas exigen enfoques nacionales e internacionales para poder ser abordados, y los profesores universitarios están cada vez más interesados

con la colaboración eficaz en la causa de los pobres²³? Me temo que nada de esto llega a la opinión pública, porque desgraciadamente, tampoco es este el mensaje que se quiere transmitir.

Hace diecinueve años, en esta misma revista escribí:

El Espíritu de Jesús debe estar suscitando en la humanidad y en la Iglesia vocaciones consagradas a la causa de las alternativas al modelo actual económico. De la misma manera que, en otras épocas, suscitó vocaciones de liberadores de esclavos, de educadores de pobres o de sanadores y cuidadores de enfermos. Seguramente se trata de una vocación que necesita hombres y mujeres excelentemente preparados e institucionalizarse en organismos económicos diversos, pero a la que el Señor no le va [a] exigir los tres votos. Bastará con que sean obedientes a las necesidades de los pobres y se contenten con el sueldo, por ejemplo, de un profesional de la educación²⁴.

Algo de esto ya está ocurriendo y se puede rastrear en algunas instituciones y propuestas económicas. Pero nada de esto sucede ahora, ni sucederá en el futuro, si no se supera el miedo a ser víctima del sistema, como el honrado y lúcido Luis de Sebastián vaticinó.

Estos mecanismos [de la ortodoxia y la ortopraxis económicas] emplean, en última instancia, la fuerza bruta del dinero para reprimir a los disidentes y

en colaboraciones de investigación que trasciendan fronteras regionales y nacionales. Esta investigación debería hacerse desde los pobres y para los pobres: 'Por preferencia y por opción, el punto de vista jesuita es el de los pobres'. *Deberíamos utilizar, pues, nuestra red de instituciones para llamar la atención sobre temas políticos significativos y presionar en favor de una mayor cooperación internacional en reformas que harían más humana y justa la vida de los pobres*"; *ibid.*, p. 36.

23. "Nuestras propias afortunadas circunstancias suscitan la pregunta: ¿cuál debería ser nuestra respuesta, la de quienes somos más afortunados, estamos mejor relacionados y tenemos mayor capacidad de confrontar y reformar los sistemas de poder que sostienen estas realidades? Sugerimos lo siguiente: *Esa respuesta comienza por el compromiso directo con los pobres y sus causas*. Es necesario escuchar las voces de los pobres, conocer cómo entienden ellos su situación y qué perspectivas ven de cambiarla. Como ya hemos señalado, el acompañamiento de los pobres es el elemento clave de una nueva espiritualidad que nos inspire y sostenga. El contacto regular y directo con quienes luchan es testimonio de la dignidad de esa lucha y de las vidas de quienes son víctimas de sistemas injustos. Este contacto debería fomentar asimismo la inclusión de los pobres en las decisiones que afecten a su vida y su destino. *Deberíamos comprometernos a mantener contacto regular con los pobres para convertirnos en amigos y compañeros suyos y colaborar más eficazmente con sus causas. Ellos nos mostrarán cuál es la mejor manera de servirles*"; *ibid.*, p. 35.
24. F. J. Vitoria Cormenzana, "Pobreza, neoliberalismo y cristianismo", *Revista Latinoamericana de Teología* 43 (abril 1998), 59.

quitar las ganas de pensar de manera distinta a los jóvenes economistas que, terminado su doctorado en las mejores universidades, tienen la debilidad de tratar de analizar de manera original y crítica los problemas de nuestra sociedad y las soluciones que se proponen frente a ellos. Para los disidentes no hay dinero de investigación, no hay conferencias, ni consultorías generosas, ni la fama que dan los *best sellers*... La represión intelectual que sufre la profesión, con su “pensamiento único”, ha llevado a una falta de imaginación y creatividad a los jóvenes profesionales, algunos realmente inteligentes (porque la carrera de economía atrae a gente muy inteligente). El estilo intelectual de los economistas que quieren triunfar debe [...] ceñirse estrictamente a la definición más estrecha de lo que es “la economía” [...] lo que comienza como una aña-gaza metodológica acaba convirtiéndose en un convencimiento dogmático-religioso sobre la inmutabilidad del *statu quo*. El miedo de economistas profesionales a salirse del *mainstream* y a no encontrar, por tanto, trabajos bien remunerados (en bancos, consultorías, organismos y fundaciones internacionales, universidades y gobiernos), además de embotar la imaginación y reducir la creatividad, ha degenerado en incapacidad estructural, o bloqueo mental, para pensar soluciones reales fuera del estrecho encasillado en que los inquisidores de la oferta y la demanda han metido a la argumentación económica. Y, naturalmente, allí no la encuentran²⁵.

Necesitamos de un rearme moral en las cuestiones públicas para afrontar los enormes desafíos que plantea a la humanidad el triunfalismo del mercado y para enfrentarnos abiertamente a un sistema económico que mata. Las tradiciones religiosas, y especialmente la judeocristiana, tienen mucho que aportar²⁶. El cristianismo no ofrece soluciones políticas, pero sí la mística para un combate y orientaciones morales para un orden fraterno. Las facultades de teología y otros centros de reflexión teológica pueden aportar impulsos decisivos e insustituibles para el necesario rearme espiritual y moral. Siempre que su discurso teológico sea fiel al Dios y Padre de Jesucristo. Siempre que la igualdad sea un tema teológico. Siempre que recuerden, a tiempo y a destiempo, que también la economía y la política están sometidas a la autoridad de las víctimas, que lo central en la administración de la casa común no es el dinero, sino la persona humana; ni maximizar los beneficios, sino incrementar la fraternidad para que ya no haya más pobres.

25. Cfr. “Prólogo”, en D. Schweickart, *Más allá del capitalismo*, o. c., pp. 13-14.

26. Cfr. I. Zubero, “Las dimensiones estructural y moral de la crisis económica actual”, o. c., pp. 42-45; J. I. González Faus y F. J. Vitoria Cormenzana, *Presencia pública de la Iglesia. ¿Fermento de fraternidad o camisa de fuerza?*, pp. 85-103 (Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2009); F. J. Vitoria Cormenzana, *Una teología arrodillada e indignada. Al servicio de la fe y la justicia*, pp. 199-273 (Santander: Sal Terrae/Cristianisme i Justícia, 2013).